

CENTRO DE DOCUMENTACIÓN CIDAP

Fuente: El Mercurio

Fecha: miércoles 4 de octubre de 2017

Página: 4B

Año: 92

Edición: 35.223

Descriptor: **PONCHOS, TEXTILES, ARTESANOS-CHIMBORAZO, FRANCISCO ASQUI PILLCO.**

La tarea de un viejo tejedor de ponchos

Francisco Asqui Pillco sabe tejer ponchos, bufandas, fajas. Pero también sabe hacer telares de madera, esos ancestrales donde se logra el mejor tejido artesanal.



Francisco Asqui muestra los ponchos que ha tejido a lo largo de una semana. Junto a su telar ubica las prendas que salen desde sus manos. BSG.



Margarita Asqui se encarga en hilar y pasar al tejedor la hebra totalmente limpia y fina. Ese trabajo le toma todo el día. BSG.



El telar de cintura lo elaboró el mismo Francisco, pues a más de tejedor sabe hacer sus herramientas de trabajo. BSG.



Margarita Asqui, Antonio Valdéz y Francisco Asqui, enseñan las prendas logradas en el telar de cintura. BSG.

En la casa de un viejo tejedor de ponchos, allá en Cacha Obraje, Riobamba, no falta el telar de cintura, esa herramienta ancestral y tradicional para lograr tejidos artesanales.

El telar está conformado por herramientas tan sencillas y elementales como las pishaguas, utensilios de metal que hacen las veces de agujas; las atambas, que son dos palitos donde se ponen los hilos de lado a lado; las cashuas, maderos planos con los que se golpea el tejido, además están el cuchu y el najahua.

En esos telares, considerados los más económicos y elementales, el tejedor que aprendió no solo el oficio sino el conocimiento milenario elabora los ponchos, las bufandas y las fajas conocidas también entre los quichua hablantes como “chumpis” o “chimbapuras”.

La historia de Francisco

Es viernes en la mañana, el sol se apodera del ambiente de la comunidad de Cacha Obraje, situada a tres kilómetros de la parroquia Cacha, provincia de Chimborazo. En el centro del caserío reina el bullicio de los estudiantes y el rugir del motor de los autobuses que cada quince minutos lleva a la gente desde Riobamba hasta el lugar y viceversa.

Cerca de la Unidad Educativa Shiry Cacha se ubica el telar de Francisco Asqui Pillco, el hombre de aproximadamente 60 años de edad, que por más de cuatro décadas se ha dedicado a tejer fajas y ponchos. Su taller se instala en su casa. Cuando el día está despejado coge su telar de cintura y lo ubica en el patio central de su pequeña vivienda hecha de adobe, piedra de cangagua y cubierta de teja.

Un árbol de capulí que se erige en medio del patio le brinda sombra. Junto a ese árbol, Margarita Asqui deshila los ovillos de hilo de orlón para que Francisco los ubique en los atambas y realice su tarea de tejer.

Antes de sentarse frente a la gama de hilos con los que dará forma a una bufanda, faja o poncho Francisco cumple labores agrícolas y atiende a sus animales. Él es un hombre de campo y entre sus prioridades están sus ganados, cerdos, para luego acompañarse de las gallinas, patos, gatos y perros que merodean mientras él teje.

Francisco no habla español, es un quichua hablante por excelencia. El oficio de tejedor lo aprendió en esas épocas cuando Modesto Arrieta, sacerdote de Cacha, impulsó cursos de formación artesanal a los jóvenes del lugar. Eso fue por los años 70 y 80. No sabe específicamente cuándo empezó en el oficio, pero tiene claro que ingresó a esos talleres que se dictaban en la cabecera parroquial cuando tenía 15 años.

“Muchos artesanos llegaron a la población para enseñar a la gente de la zona, de ellos aprendió Francisco. Él puso mucha dedicación porque siempre cree que ha sido importante la artesanía”, dice Margarita, su compañera de trabajo.

Es de ver como a las 08:00, el tejedor apoya su espalda en la parte trasera del telar. Luego con sus dedos, ya rosados por la manipulación de las herramientas, ubica con

tal exactitud cada hebra de hilo en las atambas; así mismo usa el chucu, el najahua, el hashi y las cashuas, que son las herramientas útiles para los ponchos.

Mientras él va dando forma a la prenda a través del tejido, Margarita, la mujer con quien hace la dupla de tejedores, no para de hilar. Conforme avanza el tejido, Francisco ilustra en su obra las “labores” (imágenes) que desea, entre ellas la Cruz de América.

Son tantas hebras de hilo y de tantos colores, que solo el maestro sabe cómo y dónde ubicarlas hasta darles la función específica en el tejido. El hilo de orlón es más suave, tiempo atrás Francisco y su esposa, quien ya falleció, tejían en lana de borrego.

Un poncho por día

La jornada de Francisco en el telar dura cerca de diez horas. Tejer un poncho le toma un día, mientras que una bufanda o faja necesitan de cuatro horas. Cuando el sol empieza a irse por el horizonte y el reloj marca las 18:00, Francisco sabe que es hora de descansar y guardar el telar para atender a sus patos, que se ocultan debajo de un pequeño cuarto hecho de tablas sostenido con palos y que es el lugar donde teje cuando hace frío o llueve.

A Francisco le fascina hablar de su trabajo. De un cuarto donde ha instalado una especie de bodega y cocina saca los ponchos nuevecitos que ha tejido en la semana. Son ponchos azules, rojos, negros

verdes; ponchos que los hombres de Riobamba utilizarán para diferentes actos culturales, sociales, para las fiestas cívicas y hasta para los eventos deportivos.

Cuando llega el sábado, Francisco coge su cargamento de ponchos y se va a venderlos en Riobamba. Cada una de sus prendas hechas en telar de cintura cuesta 45 dólares, las fajas y las bufandas cuestan entre 10 y 15 dólares. El tejedor no vende sus productos en su taller, dice que son obras para entregar a los comerciantes, como también para su hija que los vende en la costa.

“Compran los comerciantes, se hace bajo pedido de la parroquias vecinas, como ya me conocen, ellos vienen. Para tejer un poncho se invierte unos 20 dólares”, dice Francisco, quien compra el hilo el mismo día que sale a entregar sus obras. Las prendas del viejo tejedor tienen diversas simbologías; la chakana o Cruz de América que es la insignia que no puede faltar en la prenda de vestir que caracteriza a su comunidad y las franjas de los colores del arco iris.

Y es que Francisco no solo sabe tejer, sabe hacer telares. Para eso conoce las dimensiones que tienen los maderos con los que da forma a las cashuas, atambas, al sig, los cuchus y najahuas. Como el hombre no quiere quedarse en el olvido, su tarea es enseñar a los jóvenes a tejer y hacer telares. Quienes desean aprender van a la casa de Francisco, aprenden las técnicas y una vez que los alumnos perfeccionan, enseñan el arte de tejer en la comunidad de donde provengan.

El telar que se hizo ceniza.

Cuando los mayores hablan de como se tejía un poncho, en la serranía ecuatoriana, una pequeña nostalgia se apodera del rostro. Tejer un poncho ahora ya no es como antes. Los telares mecánicos aceleran el trabajo, esas máquinas reemplazaron el hilo de lana de borrego, hebra lograda con la habilidad de las mujeres en el manejo del “huso”, por el hilo de orlòn.

Pero no todo está perdido, el tejido artesanal en el telar de madera aún se conserva en la mayoría de las regiones andinas del Ecuador, ya sea en Cañar, Chimborazo, Tungurahua y otras provincias. Tejer con hilo de lana de borrego es menor; algunos ancianos dicen que de ciertos telares de madera solo queda el recuerdo, porque muchos se hicieron carbón, terminaron hecho ceniza.

Usar el poncho es una costumbre que prevalece en las comunidades andinas. En Chimborazo se registran una gran variedad de estas prendas, dependiendo del espacio y de la comunidad donde se encuentre; así los coltas, columbes, cachas, pulucates callpis, que son parte de la estirpe puruhá tienen ponchos diferentes entre sí.

Guamote por ejemplo es el cantón donde más diversidad de tejidos y colores se encuentra. Allí el poncho de los mayorazgos es diferente a los ponchos que usan los hombres de otros sectores del mismo cantón. “En Guamote hay variedad de ponchos y no son los mismos”, dice Julio Cèsar Tenezaca, comunicador social, que viste un poncho rojo para todas las ocasiones especiales. (BSG)-(Intercultural)

Detalle

En Riobamba el poncho gualoto se usa para las fiestas. El poncho es rojo, morado blanco es para los trabajos diarios y se usan para la agricultura. El poncho tejido al estilo de una macana es el azul que se usa para el velorio, se dice que las autoridades de la comunidad se ponían ese poncho y al que fallece le mandan con ese poncho en el ataúd.